

LA VIDA DEL HOMBRE INTERIOR

© *La vida del hombre interior*

Arcadio Sierra Díaz - 2002

Todos los derechos reservados por el autor.

Publicaciones Cristianas

E-mail: arcamarina@hotmail.com

Tel. 2040403

Cel.: 311-2398787

Bogotá, D. C.

Colombia, América del Sur

LA VIDA DEL HOMBRE INTERIOR

Arcadio Sierra Díaz

CONTENIDO

1. La Trinidad divina y el hombre	7
La economía de Dios	7

Morada del Espíritu Santo	13
Importancia de diferenciar al alma del espíritu	15
Madurando en el espíritu	17
El Espíritu vivifica	20
La lámpara y la vasija del aceite	21
El caso de Corinto	24
2- El hombre interior y el hombre exterior	33
Las dos puertas	33
El reino de Dios	34
El reino de los cielos	39
Dos hombres en un mismo hombre	44
Fortalecimiento del hombre interior	49
Hechos a la imagen de Cristo	53
El manto de la humildad	56
3. El espíritu humano en el hombre interior	61
Funciones del espíritu regenerado	61
La conciencia	61
La comunión	65
La intuición	70
El corazón	76
El fruto del hombre espiritual	79
La vida en el Espíritu	81
Servir en adoración	85
4. Muerte para generar vida	89
El grano de trigo	89
El frasco de alabastro	93
Coyunturas y tuétanos	101
5. La renovación del alma	105
Epignosis	105
La negación del yo	108
Los discípulos y la negación de sí mismos	113
La renovación del entendimiento	116
6. De Egipto a la Tierra Prometida	125
Principio de una nueva vida	125
El yugo de Cristo es hacer la voluntad de Dios	128
La sangre de Cristo es el fundamento	130
Las jornadas en el desierto	132
El caso de Moisés	136

Los espías hebreos	138
Excursus: El Señor y la mujer samaritana	145
Ubicándonos en trasfondo bíblico	145
Las raíces de una frase	147
La ladera de una montaña	150
Trasfondo histórico de una enemistad	152
Retorno del cautiverio babilónico	156
Se inicia el acercamiento	158
El aparente enigma del agua viva	158
El don de Dios	160
La fuente de la vida eterna	161
Cuando la conciencia es tocada por Dios	162
Preocupaciones religiosas	164
¿Dónde debemos adorar a Dios?	165
¿Cómo debemos adorar a Dios?	167
¿Cuál es el tabernáculo de Dios hoy?	168
Yo Soy	169
Bibliografía	171

1. LA TRINIDAD DIVINA Y EL HOMBRE

La economía de Dios

Existe una palabra en el original griego del Nuevo Testamento, la cual es “*oikonomía*” (οἰκονομία), a su vez palabra compuesta en el griego por *oikon* (οἶκόν), casa, y *nomon* (νόμον), ley, norma, y que traduciría *ley doméstica*, y de donde se deriva nuestra palabra castellana “economía”, que puede tomarse como plan, administración, manejo o norma de una casa y que conlleva la idea de arreglo y distribución de los asuntos y bienes, dispensación de propiedades y riquezas con fines de mayordomía. Dios tiene Su casa, que es la Iglesia, y, claro, tiene Su propia economía, porque a lo largo del tiempo se ha venido dispensando a Sí mismo en el hombre, en Cristo y por Su Espíritu, con todas Sus riquezas; y ese es el punto central de la economía divina. Al tener Dios Su propia economía, es razonable y necesario que Dios disponga de un administrador general de esa economía, alguien que lleve a cabo esa administración de la casa de Dios; ese gran ecónomo es Su propio Hijo, el Señor Jesucristo.

En este orden de ideas, esa palabra, “*oikonomía*”, es traducida indistintamente en las diferentes versiones bíblicas. Por ejemplo, en 1 Timoteo 1:4,¹ algunas versiones traducen *edificación* (en su connotación de plan); en Colosenses 1:25² y Efesios 3:2³ traducen *administración* o *mayordomía*; en Efesios 1:10⁴ y 3:9⁵ a veces es

¹“Ni presten atención y genealogías interminables, que acarrearán disputas más bien que **edificación** de Dios que es por fe, así te encargo ahora” (1 Tim. 1:4).

²“De la cual fui hecho ministro, según la **mayordomía** de Dios que me fue dada para con vosotros, para completar la palabra de Dios” (Col. 1:25).

³“Si es que habéis oído de la **administración** de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros” (Ef. 3:2).

⁴“Para la **economía** de la plenitud de los tiempos, de hacer que en Cristo sean reunidas bajo su cabeza todas las cosas, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra” (Ef. 1:10).

⁵“Y de aclarar a todos cuál sea la **dispensación** del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas” (Ef. 3:9).

La Vida del Hombre Interior

traducida *dispensación*; en 1 Corintios 9:17⁶ es traducida *comisión*. Pero se trata del mismo propósito divino, del mismo asunto, del mismo manejo de Sus asuntos. Es la administración del consejo de Dios para la edificación de Su casa. Recomiendo al lector estudiar estas diferentes citas y relacionarlas con sus respectivos contextos. Allí encontrará que se trata del gobierno familiar de la casa de Dios, lo cual incluye un plan, un propósito divino; plan que se funda en la fe y no en la ley, y nosotros, la Iglesia, somos colaboradores de Dios en esa empresa.

Si estudiamos con detenimiento la carta del apóstol Pablo a los Efesios, vemos que el tema de esa profunda epístola es la Iglesia, la cual es presentada como el misterio de Cristo (3:3-6), como el Cuerpo de Cristo (1:22-23; 5:23), la plenitud de Cristo (1:23), el hogar o morada de Cristo (3:17), la esposa de Cristo (5:25-32), el guerrero de Cristo (6:13-17); también presenta a la Iglesia como el nuevo hombre (2:15; 4:24), como la familia de Dios (2:19), como el reino de Dios, como el templo del Señor (2:21). Comienza la carta proclamando el propósito eterno de Dios en la elección y predestinación de todos los que habrían de constituir la Iglesia, propósito que se cumple con la redención del Hijo encarnado y las arras del Espíritu, de manera que la Iglesia se edifica sobre el fundamento del Cristo revelado a los apóstoles y profetas; y es así como vemos a uno de esos apóstoles, a Pablo, presentándose como uno de esos mayordomos de la gracia de Dios para la edificación de la Iglesia; asunto que había recibido por revelación directa de Dios. En alguna medida, todos los creyentes somos mayordomos de las riquezas que Dios nos ha dispensado en Cristo; y hay el peligro que, como en la parábola de los talentos, seamos malos administradores y enterremos lo que el Señor nos ha encomendado para su administración.

Pues bien, por medio de Su economía, Dios se propuso en Sí mismo que en Su Hijo sean reunidas todas las cosas, siendo Cristo

⁶“Por lo cual, si lo hago de buena voluntad, recompensa tendré; pero si de mala voluntad, la **comisión** me ha sido encomendada” (1 Co. 9:17).

La Trinidad divina y el hombre

mismo la Cabeza. Cuando uno se desvía de ese propósito de Dios, la Biblia dice que está errando el blanco (1 Timoteo 1:6). Históricamente, la Iglesia ha errado ese blanco. ¿Cómo ha venido trabajando Dios para llevar a cabo ese plan administrativo? Dios ha estado dispensándose a Sí mismo en la humanidad a través de varias etapas; es la mayordomía del propósito de Dios, plan del cual se desvió el cristianismo. El centro neurálgico de la economía de Dios es dispensarse en la humanidad, y particularmente en Su Iglesia. Para eso Él creó al hombre y lo redimió después de la caída, para que el hombre llegase a ser el vaso donde pueda forjarse en nosotros. Para eso lo creó todo y puso condiciones de vida en esta tierra en medio de toda la creación, para que el hombre pudiera vivir en ella. Dios quiso mezclarse y forjarse en el hombre. ¿Cómo se está dispensando Dios a Sí mismo en el hombre? Para comprenderlo hay que relacionar a la Trinidad divina con la economía de Dios.

La Trinidad es necesaria, porque sólo a través de la Trinidad Dios ha tenido los medios indispensables para dispensarse en el hombre por Su Espíritu. Desde toda la eternidad Dios es uno en esencia y trino en Personas. La Trinidad esencial es eterna, no procesada. El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios desde el principio. Las tres Personas de la Deidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, representan las tres etapas principales de la economía de Dios. De ahí que se hable también de Trinidad económica. Si se confunde la Trinidad esencial con la Trinidad económica, se puede caer en la peligrosa afirmación de que Dios ha sido procesado. Eso huele a sabelianismo. ¿Por qué? Porque Dios es inmutable; Dios no ha experimentado ningún proceso ni en la eternidad, ni en el devenir histórico, ni en su relación con el hombre. Dios no necesita pasar por metamorfosis. Lo que Dios es desde el principio, lo será hasta la eternidad. Es un error afirmar que Dios Padre se convirtió en el Hijo para experimentar la encarnación, la vida humana, la muerte y resurrección para llevar a cabo la redención; y luego que fue glorificado, el Hijo se convirtió en el Espíritu Santo y descendió como el Consolador prometido para aplicar la gracia en los hombres y santificar a los creyentes. Esa doctrina errada de los sabelianistas

La Vida del Hombre Interior

surgió, tal vez, con el pretexto de defender la unicidad de Dios. Cuando afirmamos que Dios es uno en esencia y trino en Personas, como revela la Palabra de Dios, estamos afirmando la unicidad de Dios. En la Trinidad económica, Dios Padre es la fuente universal de todas las cosas, Dios es el amor generador de todo; y Cristo es la expresión de Dios⁷, pues la gracia, la cual fue dada por medio de Jesucristo, es el cauce de ese amor divino expresado en la humanidad; luego el Espíritu Santo transmite e introduce en el hombre a Dios quien está en Cristo, y por medio del Espíritu Santo el hombre tiene comunión con Dios⁸.

Ampliando un poco más el concepto anterior, vemos que la narrativa bíblica es clara en afirmar que en el único Dios se revelan tres personas unidas en esencia, en perfecta armonía, voluntad y objetivos, sin que hayan venido a existir por medio de un proceso de la Divinidad. En las páginas bíblicas vemos que hubo un consejo en el trono de Dios (cfr. Hechos 2:23) para determinar y llevar a cabo el plan eterno de Dios, y llegado el tiempo determinado, el Verbo de Dios, Su hijo, tomó carne para llevar a cabo la redención, y estando en la tierra, se oye la voz del Padre diciendo: *“Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia; a él oíd”* (Mt. 3:17; 17:5). Es la voz del Padre, mientras el Hijo estaba en las aguas o en el monte de la transfiguración; y el Espíritu Santo también se dejó ver en forma de una paloma. También el Hijo hablaba al Padre; el Señor Jesús oraba, y no lo hacía consigo mismo (Juan 11:41,42; 17:1-26), y continuamente declara que él no vino a hacer su voluntad sino la del Padre; y que no vino a pronunciar sus propias palabras, sino las que le oyó decir al Padre. Lo mismo ocurre cuando se refiere al Espíritu

⁷ *“Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”* (Juan 1:17,18). *“Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre?”* (Juan 14:9). *“Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud”* (Col. 1:19). Ver también Hebreos 1:3

⁸ *“La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén”* (2 Co. 13:14).

*La Trinidad divina
y el hombre*

Santo: “**Él me glorificará**; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Juan 16:14).” *Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre*” (Juan 14:16; Cfr. Juan 16:7-15). De manera, pues, que Dios no ha sufrido proceso alguno.

Aunque el Verbo de Dios se había dejado ver en diferentes teofanías bíblicas previas a la encarnación del Hijo de Dios, como por ejemplo la visita que le hizo a Abraham en Génesis 18, sin embargo, en la etapa anterior a la encarnación era imposible que el hombre tuviera contacto directo con Dios; había un velo y Él era invisible e inaccesible; el hombre no lo podía ver, ni tocar, ni tener comunión con Él. El hombre vino a ser heredero directo de Adán después de la caída. El hombre sin Cristo es como el derrotado Adán que fue expulsado del jardín del Edén; muerto espiritualmente. Era necesario, pues, que Dios se acercara al hombre, que se le diera, que se volviera hombre, que se encarnara. Luego de ocurrida la encarnación y habitar corporalmente, vemos que en Cristo, el Hijo, habita toda la plenitud del Padre (Col. 1:19; 2:9⁹). Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre. ¡Qué maravilla: Dios viviendo entre los hombres!

Dice el apóstol Juan: “*Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida*” (1 Juan 1:1). Vemos que Dios se dejó ver y tocar por el hombre; de eso muchos testigos presenciales dejaron su testimonio por escrito. Dios quiso introducirse en el hombre y habitar en él, y en ese hecho histórico es donde actúa el Hijo de Dios, la segunda Persona de la Trinidad. Es un hecho real en todos los que conocemos al Señor. Algunos se limitan a pensar que Cristo se encarnó sólo para salvarnos. Eso es verdad, pero la salvación apenas es el comienzo del propósito de Dios respecto de la encarnación. El Señor no vino sólo para redimirnos, sino también para restaurar todas las cosas, y que finalmente todo esté en armonía con el Padre; y lo primero que el

⁹“Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9).

*La Vida del
Hombre Interior*

Señor está restaurando es la raza humana.

Para eso hizo Dios al hombre, para habitar dentro de él y hacerlo Su morada eterna. Satanás quiso malograr ese propósito, y el pecado y la muerte de Adán nos esclavizó a la muerte, pero la muerte de Cristo nos liberó de la misma, de suerte que era necesario que el Hijo de Dios, que es la forma corpórea de Dios, la esencia divina y naturaleza de Dios, se encarnara y mezclara Su naturaleza divina con la naturaleza humana, y viviera y creciera con la cotidianidad de cualquier ser humano, trabajando, cansándose, teniendo dificultades, a veces con hambre, sediento, llorando. Luego vino la experiencia de la muerte y Su gloriosa resurrección. Ya resucitado, Él tuvo contacto con los hombres, pero aún no podía introducirse en el hombre porque faltaba su ascensión a los cielos, pues era necesario estar por encima de todos Sus enemigos, y entronizado como cabeza de todo el universo.

Resumiendo, nos preguntamos, ¿cuál es el objetivo de la economía de Dios? Morar en nuestro espíritu y manifestarse a través del hombre corporativo que ha redimido por medio de la encarnación, muerte, resurrección y glorificación de Su propio Hijo. Para eso hizo Dios el universo, para que el hombre tuviera vida en la tierra, y Él llevara a cabo Su propósito; pero hubo una intromisión satánica trascendental. Desde Génesis vemos que en el Jardín del Edén había dos árboles: el árbol de la vida, que es la vida de Dios en Cristo, y el árbol del conocimiento del bien y del mal, que es la muerte, cuya fuente es Satanás mismo. El hombre estaba en inocencia en medio de los dos. Como sabemos, Adán optó por comer del fruto del árbol de la ciencia, de tal manera que se alimentó de Satanás; pero no se alimentó de las hojas sino del fruto del árbol, donde está el poder reproductor, de tal manera que recibió el poder de reproducir esa muerte y el pecado a toda la humanidad. De esa manera Satanás se introdujo en el cuerpo del hombre y lo esclavizó (Efesios 2:1-3; Romanos 7:18-23). Era necesario, pues, que el Hijo de Dios se encarnase, sin esa herencia, a fin de vencer a Satanás.

Morada del Espíritu Santo

Antes de Su ascensión, el Señor le dijo a Sus discípulos: *“Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré”* (Juan 16:7). Vemos, pues, que el Padre no podía introducirse en el hombre sin haberlo redimido y salvado, y para ello era necesaria la encarnación del Hijo, Su vivir humano, Su muerte restauradora, Su poderosa resurrección, Su gloriosa ascensión y entronización. Más tarde tampoco puede entrar en el hombre por medio del Hijo, porque el Señor Jesús sigue teniendo Su cuerpo humano después de la resurrección y ascensión al cielo; entonces era necesario que el Padre, incorporado en el Hijo, viniese a vivir en el hombre por medio del Espíritu Santo. De modo que en nosotros habita el Espíritu Santo enriquecido con todos esos elementos de Cristo como Dios encarnado, hasta Su entronización en los cielos. Todo se cumplió para que Dios en toda Su plenitud pudiera vivir en nosotros. Dijo el Señor a Sus discípulos: *“El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”* (Juan 14:23).

Morando en nosotros el Espíritu Santo, también moran en nosotros el Padre y el Hijo, de modo que participamos de la naturaleza de Dios,¹⁰ de Su amor, de Su gracia, de Su comunión, del Verbo hecho hombre. Al morar el Espíritu de Cristo en mi espíritu, hace que sean eficaces en mí la muerte de Cristo y Su resurrección; la íntima comunión con el Consolador es el poder para la negación de mi propio yo, porque vivo con mayor intensidad al Cristo inmolado; Su cruz es también mi muerte. El Espíritu Santo me imparte la vida de Dios, la vida de resurrección y la autoridad y el poder del Señor ascendido y entronizado. Todo lo que el Señor es, yo lo vivo por la comunión y el disfrute del Espíritu Santo. En realidad, nosotros no tenemos que agregar nada a la obra del Señor,

¹⁰“Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 Pedro 1:4).

sino vivir por Su Espíritu todo lo que Él es y ha hecho. Tener comunión y contacto con el Espíritu Santo que mora en nuestro espíritu humano, no es cuestión de seguir algunos reglamentos y doctrinas que podríamos percibir por nuestros sentidos; se trata de ejercitar nuestro espíritu humano, donde mora el Consolador, y nosotros moramos en Él. Entonces, una vez que una persona es regenerada y nace del Espíritu, ¿dónde sigue morando el Espíritu Santo en relación con esa persona? Muchos hermanos le piden al Señor, y hasta lo cantan, que descienda sobre ellos el Espíritu Santo, como si el Espíritu Santo estuviera muy lejos. ¿Eso es correcto? No. La Biblia dice que el Espíritu de Dios ya habita en el espíritu del hombre creyente. La Escritura hace diferencia entre el Espíritu de Dios y el espíritu del hombre.

Analice las siguientes citas: *“Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”* (Juan 3:6b). *“Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”* (Juan 4:24). *“Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. ¹⁰Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. ¹⁶El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”* (Ro. 8:9,10,16). Entonces, si el Espíritu de Dios habita en el espíritu humano de los hijos de Dios, es importante darle la debida atención a nuestro espíritu humano, pues viene a ser el centro neurálgico de nuestra comunión con Dios y nuestra vida espiritual en el nuevo hombre, pues es en nuestro espíritu en donde le servimos a Dios (Romanos 1:9). Hermano, Dios mora ahora dentro de ti por Su Espíritu. No es lo mismo que ya tengas el Espíritu en tu espíritu debido a que eres salvo, y que el Espíritu more, habite en tu espíritu como en Su propia casa.

Importancia de diferenciar el alma y el espíritu

Claro, para entender esto, es necesario que diferencemos con mucha claridad nuestra alma humana de nuestro espíritu humano,

La Trinidad divina y el hombre

y sus respectivas funciones, características y actividades. Lo dice la Escritura, por ejemplo, en Hebreos 4:12: *“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”*. Este versículo menciona las tres partes del hombre: cuerpo (donde están las coyunturas y tuétanos), alma (donde están los pensamientos y las intenciones del corazón) y espíritu, con el cual tenemos contacto con Dios. Si eres creyente, ya tienes morando al Señor en tu espíritu, pero puede que tu alma no haya sido renovada aún y quieras vivir una forma de vida sin compromiso ni obediencia a Dios, y con tu corazón no le ames aún como debieras. Por eso no se debe mezclar el espíritu con el alma.

Para comprender la salvación eterna es necesario que conozcamos que estamos compuestos de tres partes: espíritu, alma y cuerpo; y debemos conocer sus respectivas funciones. Sin ese conocimiento nos sería muy difícil, por no decir que imposible:

- 1) poder asimilar que la salvación es eterna, que no se pierde, y que el reino de los cielos sí se puede perder.
- 2) En ese mismo orden de ideas, ese mismo conocimiento es necesario para poder comprender y asimilar qué cosa es negarse a sí mismo y la necesidad de llevar la cruz para poder seguir en pos de Cristo; pues no podemos tampoco saber qué es llevar la cruz si no sabemos que el alma es diferente del espíritu.
- 3) Lo mismo ocurre con lo de tener una mente renovada.
- 4) Lo de ser fortalecidos en nuestro hombre interior.
- 5) Esa diferenciación se necesita para saber qué es el corazón humano y que es necesario que Cristo more en nuestro corazón.
- 6) Si tú no distingues el alma del espíritu, no podrás asimilar lo de la parábola de las diez vírgenes, la diferenciación entre las lámparas y las vasijas, el aceite y su precio, el participar en las bodas y el tribunal de Cristo.
- 7) Tampoco podrías tener claridad sobre lo que son las obras

La Vida del Hombre Interior

justas de los santos.

8) De ninguna manera podrías asimilar la diferenciación entre el don de la salvación, la disciplina y la recompensa.

El hecho de que more Dios por Su Espíritu en nuestro espíritu, significa que el Señor ha hecho de nosotros Su templo, Su hogar, donde Él habita. Leemos en 1 Corintios 3:16: *“¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”*. A ese templo, Su Iglesia, Dios no edifica con materiales físicos, pues el oro, la plata y las piedras preciosas a que se refiere el contexto, son Dios mismo; respectivamente Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo; toda la Trinidad divina morando en nuestro espíritu regenerado, que es el Lugar Santísimo de nosotros como templo de Dios, donde el alma es el lugar santo y el cuerpo es el atrio, conforme el modelo del templo del Antiguo Testamento. En el tabernáculo que los hebreos construyeron en el desierto, el arca, construida de madera de acacia recubierta de oro (hombre y Dios a la vez), tipifica al Señor Jesús; y el arca no se encontraba en el atrio del tabernáculo, ni en el lugar santo, sino en el Lugar Santísimo; así también ahora, el Señor Jesús no habita en nuestro cuerpo, ni en nuestra alma, sino en el Lugar Santísimo de su verdadero templo; es decir, nuestro espíritu humano. Dice 2 Timoteo 4:22: *“El Señor Jesucristo esté con tu espíritu”*.

Madurando en el espíritu

De modo, pues, hermanos, que vamos vislumbrando que a partir del momento de nuestro nuevo nacimiento, ha venido a vivir dentro de nosotros, en lo más íntimo de nuestro ser, una Persona diferente de nosotros, con un carácter y costumbres diferentes a las nuestras, con un modo de pensar muy distinto del nuestro; sobre todo inicialmente. Cuando llega esa Persona a vivir en nosotros, es natural que pensemos en forma diferente y tomemos diferentes decisiones, debido a que aún no hay acuerdo entre nosotros; en ese tiempo inicial apenas lo consideramos nuestro huésped. Aún no le hemos entregado nuestra morada entera al Señor. Cristo inicialmente viene a morar en nuestro espíritu, y nosotros pensamos y decidimos las

La Trinidad divina y el hombre

cosas en nuestra alma. Por ejemplo, Dios nos dice que por nada estemos afanosos,¹¹ y nosotros seguimos con muchos afanes en nuestra alma.

Al principio no entendemos todavía el andar en el espíritu; ese lenguaje es aún muy extraño para nosotros. Él no se mezcla con nosotros en nuestra alma, a menos que nuestra alma haya pasado por un proceso de renovación y quebrantamiento. Nuestra alma es muy fuerte; es como un cascarón que cubre y oculta al espíritu. Por eso es que hay que separar el alma y el espíritu, tarea que corresponde a la Palabra de Dios.¹² ¿Cómo ocurre todo esto? Nuestra primera etapa de vida cristiana, es la etapa de la niñez espiritual, del afianzamiento y seguridad de nuestra salvación. En ese período entendemos las cosas sencillas y rudimentarias, y compartimos el evangelio a los demás conforme entendemos las cosas hasta ese momento. Pero no nos debemos estancar en esta etapa de los rudimentos; necesitamos seguir escalando y alcanzar una segunda, la del avivamiento, la de la llenura del Espíritu, también conocida como la del bautismo del Espíritu, en la cual recibimos los dones del Espíritu, los cuales son necesarios en la Iglesia. Pero, ¿eso es todo? No; hay necesidad de que el creyente ascienda dos grados más en su crecimiento, y el siguiente es la etapa del camino de la cruz. Cristo, para darnos vida primero pasó por el Calvario. Nadie puede dar vida sin pasar por el Calvario. La cruz es muerte, pero para dar vida hay que morir. Para que Dios construya Su nueva casa en nosotros, es necesario derribar la antigua morada, donde nosotros nos recreábamos.

Miramos, por ejemplo, que en el contexto del capítulo 3 de la carta de Pablo a los Colosenses se habla de la vida de los santos, de la aplicación de la cruz, es decir, la muerte de Cristo a nuestros miembros pecaminosos, y de despojarnos del viejo hombre y revestirnos del nuevo. Dicen los versículos 9 y 10: *“No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus*

¹¹Cfr. Filipenses 4:6

¹²Cfr. Hebreos 4:12

La Vida del Hombre Interior

prácticas,¹⁰ y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno”. El viejo hombre está integrado por todo lo que heredamos de Adán, del cual hemos estado vestidos; ese ha sido nuestro atuendo. Pero ahora debemos despojarnos de ese vestido de justicia propia y prácticas pecaminosas. El Espíritu Santo está en nuestro espíritu listo a realizar ese trabajo de hacer morir en nosotros las concupiscencias carnales y todo el andamiaje maligno que venía manejando nuestra parte psicológica. En ese proceso, nos vamos revistiendo del nuevo hombre, es decir, de Cristo mismo; como dice Efesios 4:24: *“Y os vistáis del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la realidad”*. Como el nuevo hombre no es individual sino corporativo, unido por todas las coyunturas, entonces ese nuevo hombre es la Iglesia. Hermano, no trates de ser bueno y hacer buenas obras por ti mismo; concentra toda tu atención en Cristo; Él mora en tu espíritu. No te quedes en el atrio; entra en el Lugar Santísimo para tener contacto con Dios y tenerlo a Él como centro de todo.

Una cosa es andar en el espíritu, y otra muy diferente es seguir vagando por mucho tiempo en el alma. El espíritu quiere una cosa y el alma prefiere otra, a menos que ésta sea renovada; no hay entendimiento entre el alma no renovada y el espíritu. Andar en el alma es como andar en un desierto, en donde jamás se tiene descanso. Hoy se puede estar optimista, y mañana entrar en desolación; hoy desbordamos de alegría, y mañana nos embarga la tristeza. ¿Quiere esto el Señor? No. Debemos entrar en el Lugar Santísimo; hay que rasgar el velo; es la obra de la cruz.

En cuanto a andar en el espíritu, dice Romanos 8:4-8: *“Para que el justo requisito de la ley se cumpla en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al espíritu. ⁵Porque los que son según la carne ponen la mente en las cosas de la carne; pero los que son según el espíritu, en las cosas del Espíritu. ⁶Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el espíritu es vida y paz. ⁷Por cuanto la mente puesta en la carne es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede;*

La Trinidad divina y el hombre

⁸“y los que están en la carne no pueden agradar a Dios”. Para mí es difícil andar con otra persona si no estoy de acuerdo con ella; por tanto para andar convenientemente en el espíritu, debo estar en conformidad con el espíritu, debo ejercitarme en esa ocupación que hasta hace poco era extraña para mí. Fíjese que estos versículos le dan mucha importancia a la mente, a nuestros pensamientos, que tienen su asiento en nuestra alma, por cuanto la mente, la parte más importante de nuestro yo, puede dirigir su atención en ponernos o situarnos en nuestro espíritu regenerado donde hay vida y paz, o por el contrario, accionar para que estemos en la carne. De manera que la mente nos puede llevar a disfrutar de Cristo y ejercitarnos para estar en comunión con Él, o lo contrario, a desagradarle en los recovecos de la carne, donde mora la muerte.

Por esto la Palabra de Dios insiste en que la mente debe estar renovada. “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la **renovación de vuestro entendimiento**, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:2). Nosotros hemos sido separados del mundo y apartados para Dios para ser conformados a la gloriosa imagen de Cristo, para lo cual es necesario que tengamos la mente de Cristo. Se sabe que nosotros somos lo que pensamos, y si no tenemos una mente renovada, la consecuencia es que somos asimilados por el mundo (se refiere al mundo controlado por Satanás, todo el sistema maligno del diablo, incluyendo tanto las cosas religiosas como seculares) y seguimos siendo la imagen de ese sistema del cual ya hemos sido separados. Si esa transformación no es operada por el Espíritu Santo en nuestra mente, Dios no puede extender Su vida y naturaleza en toda nuestra alma, haciendo que Cristo crezca en todo nuestro ser y vaya menguando nuestro viejo hombre, el hombre natural heredado de Adán. En la medida que Cristo crece en mí, eso determina que ese elemento nuevo que ha entrado en mí sea la causa de la renovación de mi mente, y por consiguiente de mi voluntad y de mis sentimientos. Entonces, y sólo entonces podré ver y discernir cuál es la voluntad de Dios para conmigo.

La Vida del Hombre Interior

El Espíritu vivifica

Leemos en 2 Corintios 3:6: “(Dios), el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, ministros no de la letra, sino del Espíritu; porque la letra mata, mas el Espíritu vivifica”. Aquí el apóstol Pablo hace un contraste entre el Antiguo Pacto, protocolizado en el código escrito de la ley, y el Nuevo Pacto cuyo motor vivificante es el Espíritu Santo que mora en la Iglesia, sin el cual nadie puede ministrar a Cristo. La letra de la ley sólo tiene capacidad de exigirle al hombre que cumpla sus requisitos de perfección moral, pero no tiene la vida que sólo el Espíritu del Dios viviente puede suministrarle. La ley no puede vivificar, la ley sólo mata y condena, pues el hombre no tiene la capacidad de cumplir sus exigencias. ¿Qué hacer entonces? De parte nuestra, ¿qué podríamos hacer? Absolutamente nada; y Dios lo sabía de antemano. Es por eso que Dios hizo la provisión según su anticipado consejo, para todos los que estaban ordenados para vida eterna.¹³ Todo lo proveyó el Padre por medio de Su Hijo, y el Espíritu del Dios viviente, cuando creímos, vino a vivir en nosotros, trayendo consigo toda la vida del Padre y del Hijo; trajo la verdadera vida, la que vivifica para la eternidad.

No es un pacto condicionado al obrar humano, firmado en piedras en el Monte Horeb, sino en el Lugar Santísimo de Su legítimo templo, escrito por el Espíritu Santo en nuestro hombre interior y en nuestro corazón, por Su gracia por medio de la redención que es en Cristo Jesús. Es un pacto que no depende de mis obras, sino de las de Dios. Si Dios hubiera impartido vida por medio de la ley, no hubiera habido necesidad de la encarnación del Hijo de Dios y Su sacrificio en la cruz. Algunos hermanos se afanan por hacer cosas buenas para agradar a Dios, para tener algún mérito; pero no se trata necesariamente de eso. El objetivo de Dios no es ese; el objetivo de Dios es que Su Hijo, Cristo mismo, se introduzca

¹³“Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna” (Hechos 13:48).

y se forje en nosotros.

La lámpara y la vasija del aceite

El mundo, que no conoce a Dios y a Su Cristo, anda en tinieblas. Todavía, en plena era cibernética, los hombres, aun los grandes sabios y científicos, continúan preguntándose de dónde vino el hombre, para qué está el hombre en la tierra, cuál será su futuro, qué hay más allá de la muerte, y muchos otros interrogantes. Pero Dios le ha suministrado todo ese conocimiento a Sus escogidos; Dios se nos reveló por Su Hijo; el Hijo de Dios ha dado a conocer al Padre y todos Sus propósitos. El Verbo de Dios se hizo carne, y *“en él estaba la vida, y la vida era la luz del mundo”*¹⁴. Él vino *“para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte”*¹⁵. *“Otra vez Jesús les habló diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”* (Juan 8:12). Cristo mora en nuestro espíritu por Su Espíritu, de manera que esa luz está dentro de nosotros; por eso el Señor dice a la Iglesia: *“¹⁴Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. ¹⁵Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbr a todos los que están en casa”* (Mt. 5:14-15).

Para que haya luz debe haber una lámpara con combustible. Cuando el Espíritu Santo llega a morar en nuestro espíritu, nos convertimos en la lámpara de Dios para que ilumine a los que están en tinieblas, en medio de un mundo entenebrecido, que no sabe de dónde viene, dónde está ni para dónde va. Ya lo dice en Proverbios 20:27: *“Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre, la cual escudriña lo más profundo del corazón”*. Pero esa lámpara necesita aceite, y no sólo debe estar lleno de aceite el depósito de la lámpara (el espíritu humano), sino también la vasija (nuestra alma). Un alma no renovada no ejecuta la voluntad de Dios. El alma renovada es

¹⁴Juan 1:4

¹⁵Lucas 1:79

como una vasija llena de aceite.

¿Cuál es ese aceite que necesitamos? La Escritura habla del aceite de la santa unción¹⁶; con él unguan a los reyes y sacerdotes veterotestamentarios; es lo que representa al Espíritu Santo. En 1 Juan 2:20,27, leemos: *“²⁰Pero vosotros tenéis la unción del santo, y conocéis todas las cosas. ²⁷Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él”*. Compare esta cita con las palabras del Señor Jesús en Juan 14:26, refiriéndose al Espíritu Santo: *“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho”*. Se puede comparar también, entre otras, con la cita de Jeremías 31:34: *“Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado”*. De manera, pues, que la unción que recibimos de Dios es el mismo Espíritu Santo que mora en nuestro espíritu, desde el mismo momento que creemos en el Señor Jesús..

En muchos hermanos, el hombre interior no está fortalecido; es como si su lámpara estuviere encendida pero con una luz lánguida, como si estuviese pronto a apagarse, y eso se debe a que apenas tiene tan poco aceite para sólo mantenerle esa llamita. Es la llamita que mantiene encendida la salvación. En cambio otros, los vencedores, tienen el depósito de la lámpara lleno del aceite de la unción, y además también tienen la vasija llena. Ahí tenemos la parábola de las diez vírgenes. Esa parábola fue dicha por el Señor para alertarnos y abrirnos los ojos a tiempo. Dice, por ejemplo, en Mateo 25:3-4: *“³Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; ⁴mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas”*. Ese *consigo* del versículo 3 se refiere

¹⁶Cfr. Éxodo 30:25

al alma.

Ya hemos visto cuál es la lámpara; pero ¿cuál es la vasija? La Biblia dice que somos vasos, recipientes moldeados por Dios para honra o para deshonra (Romanos 9:21),¹⁷ y refiriéndose a los hijos del reino, dice en el verso 23: “*Para dar a conocer las riquezas de su gloria sobre los vasos de misericordia, que él preparó de antemano para gloria*”. Cuando yo digo; pienso, esa es mi persona que piensa (con mi mente), luego decido (con mi voluntad); también amo, odio, gozo, me entristezco (son mis emociones). ¿Cómo lo hago? Con mi alma, y todas esas facultades están en mi alma; luego mi alma es mi yo, es mi personalidad. Si mi personalidad es el centro de mi atención, de mis afectos, entonces soy ególatra. La egolatría es una variedad de la idolatría, que aleja nuestro corazón de Dios. Mi alma es mi vaso hecho por Dios, y Dios quiere no sólo morar en mi espíritu, sino también en mi corazón. Él quiere tomar posesión de mi corazón. “*Dame, hijo mío, tu corazón*”¹⁸ ¿Qué es mi corazón? Queremos tratar esto más a fondo, pero podemos adelantar que mi corazón es mi alma con todas sus facultades, más la conciencia, que es una de las facultades de mi espíritu; de manera que mi corazón está integrado por mi mente, mi voluntad, mis emociones y la conciencia de mi espíritu.

Fíjate, hermano, en la maravillosa cita bíblica que encontramos en 2 Corintios 4:7: “*Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros*”. Somos recipientes; para eso fuimos hechos, pero ¿cuál es el tesoro que contenemos? El tesoro que contenemos no es necesariamente el abundante conocimiento teológico y acopio de doctrinas, liturgias, leyes y prácticas religiosas. El aceite alimenta la lámpara para que permanezca la luz, y nuestro espíritu como lámpara debe permanecer lleno del aceite de la unción, Dios mismo en nosotros por Su Espíritu, y no sólo la lámpara, sino también la vasija, nuestro

¹⁷“¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?” (Ro. 9:21).

¹⁸ Proverbios 23:26a

corazón en pureza y santidad, como habitación del Señor Jesús. La Biblia habla de la iglesia local como el candelero de Dios en determinado lugar. ¿Por qué la iglesia local viene a ser el candelero? Debido a la luz de Dios que irradia, como lo leímos en Mateo 5:14-15; pero Dios quiere que sean todos los hermanos viviendo juntos en armonía, sin divisiones ni sectas que dividen y quebrantan la unidad del Cuerpo de Cristo. Todos juntos como una sola lámpara. Juntos y unidos es la única forma como podemos conocernos y considerarnos para estimularnos al amor y a las buenas obras. La Palabra de Dios lo declara diáfananamente: “*Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras*” (He. 10:24).

El caso de Corinto

Hoy en día, a unos creyentes, como los hermanos corintios (1 Corintios 1:5,7),¹⁹ que hayan recibido mucho conocimientos bíblicos y todos los dones espirituales, se les suele considerar como muy espirituales; pero Pablo los veía como a niños. Los signos de una verdadera madurez espiritual no son necesariamente la elocuencia en la predicación, el abundante conocimiento bíblico y la posesión de los dones espirituales. Normalmente las herramientas de trabajo no necesariamente indican la pericia del obrero. Entre una persona natural y un creyente cristiano existe la gran diferencia de que el creyente ha experimentado la regeneración, el nuevo nacimiento, el nacimiento de arriba, espiritual, debido a que cuando creyó en Jesucristo, el Espíritu Santo vino a vivir en su espíritu humano y Dios le proveyó Su vida eterna. Pero entre creyentes también hay una subdivisión, pues hay creyentes espirituales, como las vírgenes prudentes de la parábola, y hay creyentes carnales, como las vírgenes insensatas de Mateo 25.

El creyente espiritual es aquel que ha alcanzado madurez, entre los cuales, y solamente entre ellos, se puede hablar sabiduría de

¹⁹“*Porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia... de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo*” (1 Co. 1:5,7).

La Trinidad divina y el hombre

Dios, la que había permanecido oculta para ser revelada a los que Le aman; no se trata de la sabiduría humana, la que se aprende en las aulas escolares, aun las aulas de seminarios teológicos, pues esa sabiduría enseñada por los hombres sólo tiene que ver con la mente. La Biblia habla, por ejemplo, en 1 Corintios 2:6-9,²⁰ de la sabiduría de Dios, la que Dios predestinó antes de los siglos, es decir, todos los secretos de Dios en Cristo, la cual no se puede recibir por enseñanza impartida por medios humanos, lo cual está relacionado con la mente, una facultad del alma humana, sino que hay que recibirla por revelación, y eso tiene que ver es con el espíritu, como lo dice el versículo 10: *“Pero Dios nos la reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios”*.

Aunque la mente también interviene en esta percepción, pero debe ser una mente renovada, para que pueda tener luz sobre todas esas *“cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman”* (v.9). El alma humana es la verdadera procesadora de toda esa revelación de Dios que recibimos por el espíritu, pero para ello, el alma debe pasar, a su vez, por un proceso de renovación espiritual. Todas esas cosas escondidas que Dios planeó en Su sabiduría, todas están escondidas en Cristo, y el Espíritu es quien se encarga de explorarlas en las profundidades de Dios y revelárnoslas en nuestro espíritu. Para lograrlo, uno tiene que amar a Cristo. Si uno no vive, y se mueve en el espíritu, la parte más profunda del Ser humano, no puede percibir toda esa revelación e iluminación de las profundidades de Dios en Cristo.

En caso de que un creyente quiera conocer todas las cosas que Dios tiene para nosotros, y que nos las ha dado en Cristo por Su Espíritu, pero las quiera conocer en la pura mente, no puede, porque la mente sólo puede conocer lo superficial. Esa superficialidad puede llegar a ser incluso los embelecos filosóficos, y aun así no deja de ser

²⁰*“Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen. Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria”* (1 Co. 2:6-7).

La Vida del Hombre Interior

superficial. El mundo está lleno de filósofos que no conocen a Dios, y sus doctrinas desorientan aun más a la juventud; ellos siguen viviendo en su mente; no conocen las cosas del espíritu, pues no tienen capacidad para conocerlas, puesto que no han nacido de nuevo, en el espíritu, para poder conocer las cosas del mundo espiritual. También muchos creyentes no han alcanzado la suficiente madurez para percibir esas profundidades que nos enseña el Espíritu.

Hay mucha gente sabia que descuida esa maravillosa unión de nuestro espíritu con el Espíritu de Dios. Es bueno que meditemos en los versículos 12-14: *“¹²Pero nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado por su gracia, ¹³lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, interpretando lo espiritual con palabras espirituales. ¹⁴Pero el hombre anímico no acepta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son necedad, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”*. Aquí los anímicos son los que no han nacido de nuevo, se mueven guiados por el alma, y no poseen un nuevo espíritu, luego su facultad intuitiva está muerta para entender y conocer las cosas de Dios, las realidades celestiales; como no las pueden explicar por la razón, les parecen locura.

Todos los creyentes, los que hemos experimentado el nuevo nacimiento en Dios, estamos capacitados para conocer todo lo que Dios ha predestinado para nosotros, pues hemos recibido el Espíritu de Dios; pero algunos creyentes no alcanzan la madurez necesaria para percibir esa sabiduría en el espíritu. Cada creyente entiende las cosas de Dios conforme la luz espiritual que haya recibido, hasta donde Dios le haya dado la visión espiritual; no es bueno que nos estanquemos en un solo plano; debemos continuar escalando; hay un Ser maravilloso que quiere entregarse todo, que quiere que lo conozcamos en todas Sus verdaderas dimensiones, que quiere que vivamos toda la plenitud divina. Él quiere eso, lo está deseando. Es como un tesoro que se está desperdiciando mientras uno padece de necesidades. No se puede asociar lo espiritual con lo carnal; son

La Trinidad divina y el hombre

incompatibles. Hay alguna verdad espiritual en ti; debes comunicarla usando un medio espiritual, en este caso palabras espirituales, es decir, dadas por el Espíritu Santo, y comunicar esas verdades espirituales a personas espirituales. Tú das hasta donde hayas recibido. Si las personas no son espirituales, es decir, tu auditorio está compuesto por personas naturales, anímicas, y/o creyentes carnales, no pueden entender esas verdades espirituales, pues no tienen capacidad para eso. Rechazan las cosas de Dios en vez de discernirlas. Cuando la persona es anímica o natural, el alma domina todo su ser, pues el alma consta de la mente, la voluntad y la parte emotiva; es decir, ese es su yo completo.

En el hombre natural, el espíritu está muerto; todo hombre tiene espíritu, pero en el hombre natural está muerto. Lo único que le da vida a nuestro espíritu, es la vida de Dios, la vida increada, la vida eterna; para eso Dios nos dio nuestro espíritu. Nuestro espíritu no es vivificado por otra clase de vida. Dios le da vida a nuestro espíritu mediante Su misma vida, la vida de Dios que es eterna, la cual recibimos en Cristo, y que nos la trae el Espíritu Santo. Cuando mi espíritu aún estaba muerto, yo era totalmente anímico; pero cuando recibí la vida divina, el Espíritu de Dios empezó a impulsar a mi espíritu, de tal manera que cada día mi vida espiritual se fue desarrollando y yo empecé a conocer cosas profundas que antes eran totalmente desconocidas para mí. Empecé a tener revelaciones de cosas ocultas; empecé a conocer incluso hechos futuros de mi vida; empezó Dios a mostrarme, por ejemplo, personas que en el futuro planeaban hacerme daño; y luego vi que todo ocurrió como se me había mostrado, claro que con victoria, por la oración a que me llevó el Santo Espíritu de Dios. Pude ver cómo mi espíritu empezaba a ejercer sus funciones, remplazando el antiguo control que mi alma ejercía sobre todo mi ser; y pude ver que cosas que antes me dominaban, empezaron a perder interés dentro de mi ser; se iban soltando las amarras de una extraña esclavitud que me había venido dominando. Antes no podía discernir las cosas del Espíritu de Dios, por muy religioso que yo aparentara ser. Pero no me puedo estancar; prosigo al blanco.

La Vida del Hombre Interior

Entonces, cuando tú llegas a ser controlado enteramente por tu espíritu regenerado, es cuando puedes ser considerado una persona espiritual, donde mora y gobierna Cristo por Su Espíritu; es cuando tú llegas a una etapa en la que niegas tu alma, y no vives según los dictados de tus meros pensamientos carnales, ni decides las cosas por tu voluntad, ni tampoco tus emociones te dominan; y es más, discernes con facilidad cuando alguien vive por su alma y no por su espíritu. ¿Por qué? Porque *“el hombre espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado por nadie”* (v.15). Debido a eso, muchas veces tú eres incomprendido, rechazado y hasta calumniado; porque para los demás, aun tus mismos hermanos en la fe, tú eres un enigma. Y no necesariamente tienes que haber asistido a algún instituto superior de estudios teológicos, o seminario. Lamentablemente hay hermanos que desconocen o no creen al siguiente versículo, el 16, que dice: *“Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo”*.

¿Nosotros, los creyentes, tenemos la mente de Cristo? Sí. Cristo ha venido a vivir por Su Espíritu en nuestro espíritu, por tanto ahora somos orgánicamente uno con Cristo; de modo que la realidad es que al desarrollarse nuestra vida espiritual, tenemos todas las facultades que Cristo tiene, entre ellas la mente, Su inteligencia; y eso se debe a que tenemos Su propia vida en nosotros. De manera, pues, hermanos, que se necesita el crecimiento en vida. Pero ese crecimiento no prospera sino a través del avivamiento espiritual y el camino de la cruz. Debemos ser librados de todo rezago de la esclavitud del pecado, y el camino de la cruz es la victoria sobre el pecado. Para que lleguemos a tener la mente de Cristo es preciso que nuestra mente sea renovada, pero para ello es necesario también que no nos amoldemos a este siglo sino que presentemos nuestro cuerpo en sacrificio vivo y santo a Dios, de acuerdo con el contexto de Romanos 12:1-2. Que el Señor haga de nosotros conforme su voluntad.

Vemos, pues, que las Escrituras hacen clara diferencia entre dos maneras cristianas de andar: una carnal y otra espiritual. Si tu andar

*La Trinidad divina
y el hombre*

es carnal, es porque aún pones tu confianza y tu complacencia en la carne, en tu yo; y eso se debe a que no tienes plena comunión, confianza y amistad con el Señor, y no estás plenamente sometido al Espíritu de Dios. Te falta conocer al Señor más íntimamente. Es necesario cultivar la intimidad y el compañerismo con Jesús. Un creyente espiritual no actúa conforme a la vida del alma, sino de acuerdo al impulso de su espíritu mezclado, fundido y en plena comunión con el Espíritu de Dios; esa es su motivación, su prioridad, su gobierno, su conducta, su gozo, su guía.

Cuando el apóstol Pablo les escribe a los corintios su primera epístola, ¿qué lo motivó especialmente? Los problemas y dificultades con que se enfrenta la iglesia local, que a pesar de haber recibido todos los dones espirituales y de ejercerlos en su asamblea, había en ellos mucha confusión, celos, contiendas, divisiones, conatos de sectarismos. ¿Eso debido a qué? A su inmadurez espiritual, a su carnalidad; no habían recorrido el camino del Calvario; de manera que cuando Pablo los había visitado la última vez, no les había podido enseñar verdades más profundas, sino sólo asuntos elementales tocantes a Cristo. ¿Recuerdan lo que el Señor dijo a sus discípulos antes de Su ascensión? Cuando ellos todavía eran inmaduros, les dijo: *“Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar”* (Juan 16:12). La madurez vino después, cuando los empezó a tratar el Espíritu Santo.

Pero leámoslo en 1 Corintios 3:1-3: *“Y yo, no pude hablaros como a hombres espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. ²Os di a beber leche, y no alimento sólido; porque aún no erais capaces de recibirlo. Pero ni siquiera sois capaces ahora, ³porque todavía sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales, y andáis según lo humano?”* Consideramos que esta es una declaración muy seria y muy grave. Que unos hermanos llenos de conocimientos filosóficos y ejerciendo todos los dones del Espíritu (1:7), ¿sean carnales? Terrible. Pero en ellos la vida del alma carnal se hacía sentir en la envidia que los carcomía, y que los guiaba al sectarismo y a los celos. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué consecuencias graves podría repercutir en

*La Vida del
Hombre Interior*

detrimento de la unidad de la iglesia en Corinto?

Pablo no pudo sino darles a beber leche y no alimento sólido. ¿Qué significa la leche y el alimento sólido? En Hebreos 5:11-14 aparece una reprensión a los inmaduros, y nos da la respuesta a nuestra inquietud. *“¹Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanto os habéis hecho tardos para oír. ¹²Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. ¹³Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño”*. Vemos que la leche se refiere al alimento de los comienzos, a la palabra de gracia, a lo que se refiere a la salvación eterna, cuando se comienza con el Señor, cuando dice: Bueno, ya el Señor me salvó, ya no voy al infierno, ya soy un hijo de Dios; y todo se ve muy fácil. ¿Y el alimento sólido? *“⁴Pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal”*. Entonces el alimento sólido se refiere al crecimiento en la vida de fe, a la palabra de justicia, al uso de la fe, a la lucha, a la victoria, al discernimiento de lo bueno y de lo malo, al enfrentamiento en la guerra espiritual, al galardón, al reino. A continuación, en el capítulo 6 aparecen relacionados los rudimentos de la vida cristiana. *“^dPor tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, ²de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno”*. Un cristiano normal no se puede quedar en los rudimentos; se quedaría como un enano al no desarrollarse y crecer normalmente en la vida espiritual. Los rudimentos son apenas el fundamento.

Vemos, pues, que ellos, los hermanos corintios, eran niños espirituales, y por eso mismo obraban en la carne. Por ejemplo, iban formando partidos en torno a los guías humanos, como Cefas, Pablo y Apolos. *“^dPorque diciendo uno: Yo soy de Pablo; y el otro: Yo soy*

*La Trinidad divina
y el hombre*

*de Apolos, ¿no sois hombres de la carne?*⁵ *¿Qué, pues, es Apolos, y qué es Pablo? Ministros por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno de ellos concedió el Señor.*⁶ *Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios*". Es totalmente insensato exaltar a guías religiosos, edificando partido alrededor de ellos, y es peor aun cuando ellos mismos se exaltan. Eso no es otra cosa sino obra de la carne, y ha hecho mucho daño a través de la historia de la Iglesia. En el versículo 5, la palabra ministros significa *servidores*;²¹ no los que vienen a ser servidos y a dividir el cuerpo de Cristo en torno a su influencia ministerial y auto exaltaciones. Muchos hermanos en la iglesia dependen enfermiza y estrechamente de determinado líder religioso, de su exclusivo, oficial o privado, punto de vista, a menudo sin que se den cuenta que es contrario a la Palabra de Dios, y eso los mantiene ciegos. A través de esos servidores, los corintios habían venido a creer en el Señor Jesús, pero muchos "ministros" que en el mundo han sido, se han constituido en cabezas de escuelas rivales, siendo que el Señor los ha llamado apenas como simples agentes. El ministerio bíblico neotestamentario no conlleva títulos, honoríficos o no, ni jerarquías y dignidades, sino servicio. Así de simple. El siervo (en griego *doulos* [δοῦλος]), no puede erigirse señor de sus conserenos, y maltratarlos, porque puede tener serios problemas cuando el Señor venga, de conformidad con el contexto de Mateo 24:45-51.

La carnalidad e inmadurez de los corintios los había llevado a la imprudencia de elevar a los sirvientes al rango de maestros. Nosotros, como siervos del Señor, ahora podemos plantar la semilla, podemos regar, podemos predicar la palabra, podemos orar por la salvación de otras personas, pero no podemos hacer más; no tenemos el poder de salvar a nadie. ¿Cuál es entonces el motivo de una posible exaltación nuestra? ¿Somos alguien por el hecho de hacer nuestro trabajo como simples siervos del Señor? Si nos exaltamos a nosotros mismos, o permitimos que otros nos exalten, y entre nosotros hay envidias y rivalidades, en realidad es porque no

²¹En griego, *servidores*, traducida a veces como *ministros*, es *diáconos* (διάκονοι)

*La Vida del
Hombre Interior*

estaríamos llevando a cabo la tarea que nos ha sido encomendada. De esa manera nuestro trabajo no es espiritual, ni escritural, ni según Dios. Lo hemos desviado todo de acuerdo con nuestro propio criterio. Si me limito a obedecer al Señor, lo estaré exaltando a Él y sólo a Él, llevando a los hermanos a cerrar filas en torno a Él; y así estaré llenándome de gozo cuando el Señor me lo apruebe y muestre Su mano en bendición y asentimiento.

Hermanos, como esclavos de Cristo, ¿pretenderemos ser algo? Ya lo dice Pablo: *"⁷Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento"*.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.
This page will not be added after purchasing Win2PDF.